



EL ESCULTOR PABLO SERRANO Y SUS "BOVEDAS PARA EL HOMBRE"

Al escultor Pablo Serrano acaban de concederle el Premio "Julio González" de escultura 1961. Este Premio, totalmente honorífico, tiene el valor grande de ser discernido por críticos y artistas de Barcelona por un procedimiento que no suele ser el habitual. Dentro de los Premios Mayo, que anualmente se conceden en aquella ciudad y entre los que se encuentra el "Julio González", no existen candidatos ni artistas invitados. Las deliberaciones para su concesión consisten en la reunión, en unas fechas determinadas, de los críticos y artistas juzgadores y entre todos ellos pasar revista detenida al arte más creador y actual que se hace en España. Ello supone una información previa muy documentada y valorativa y que lo que se juzgue no sea una determinada obra, sino "toda" la obra de un artista y su permanente inquietud.

Teniendo en cuenta todos estos supuestos, es natural que la distinción haya recaído en Pablo Serrano, pues pocos escultores existirán en España tan preocupados y ocupados en una constante y fructífera búsqueda de nuevas concepciones escultóricas. Pablo Serrano aún no sabe lo que es la "receta" aprendida una vez y repetida hasta la saciedad. Al contrario, para él cada nueva obra es una novísima aventura que no sabe hasta dónde puede conducirle. Aventura que emprende no confiado solamente en alas del azar, sino como aquellas que realizaban los personajes de Julio Verne en sus exploraciones: con todo el equipaje bien previsto hasta en sus más leves detalles.

En efecto, Pablo Serrano tiene cabeza de explorador o de apóstol convencido. Siempre anda predicando una

"buena nueva" para ser escuchada por quien pueda y tenga fe. O sea que su labor ha tenido mucho de magistral, en todos los sentidos que puede dársele a la palabra.

Con una sólida formación académica, obtenida en la Escuela de Bellas Artes de San Jorge, de Barcelona, Pablo Serrano marchó joven por tierras de la América hispana como trabajador de su verdad aprendida y como maestro para los demás. En Rosario de Santa Fe (Argentina) crea su primera escuela. Siempre la santa fe, que todo lo puede y es capaz de mover las montañas, tarea, por otra parte, indispensable para un escultor que comenzó cincelandando la piedra marmórea.

En Montevideo después dirige la escuela de escultura de los talleres de Artes y Oficios. Arte y oficio, primero la vocación, luego la técnica aprendida, pero inseparables uno del otro para lograr que la obra sea una suma de factores positivos. Recompensas oficiales, medallas, todo eso que es importante en la vida de un artista, pero no lo más importante.

Año 1955, año del regreso a España de este aragonés de Crivillén (Teruel), que durante un cuarto de siglo había permanecido en América desarrollando la más difícil de las tareas: enseñar al que no sabe. Pero de tanto preocuparse de sus alumnos se había olvidado un tanto de sí mismo, de su obra. En España tiene más soledad, y ya se sabe que la soledad es indispensable para la creación artística. Soledad relativa, se entiende, pues al poco de llegar ya estaba con otros fundando el grupo "El Paso", que tan beneficioso influjo tuvo en el ambiente artístico español.



A su regreso a Europa, Pablo Serrano estudia con especial interés la escultura en hierro de Julio González, el grandísimo escultor español precursor de tantas cosas, que se murió en París casi desconocido. De Julio González, el mismo que lleva el nombre del Premio que ahora acaban de conceder a Serrano.

Y como el maestro es el que más tarde tiene que estudiar siempre, Pablo Serrano captó todo el mensaje que desde las chapas y los perfiles del hierro le estaba comunicando Julio González. Como consecuencia, su temática varía por completo y sus figuraciones, más o menos expresionistas, ceden el paso a una valoración del espacio cada vez más absorbente. Ya no le interesa el volumen escultórico, sino el espacio que esos volúmenes dejan como huella al desaparecer. Ritmos dinámicos alternan con la problemática que le tiene obsesionado: "ocupación y desocupación de un espacio". De sus meditaciones sobre el tiempo o espacio ilimitado y materialidad física o espacio limitado llega a la conclusión siguiente: "El hombre, compuesto de materia y espíritu, ocupa siempre un centro como unidad y como molécula o parte de una sociedad humana. El construye un espacio, la casa, la familia, la amistad o la convivencia, su refugio, en una palabra, capaz de convertir este símbolo en la representación de lo que su propio espíritu es y desea y lo que su ineluctabilidad y perentorio existir necesita."

Limitando parte de esos espacios donde el hombre se refugia, con fragmentos ascensionales y cobijadores surgen sus esculturas últimas, que Pablo Serrano titula genéricamente *Bóvedas para el hombre*. Nunca la escultura había utilizado técnicas constructivas tan arquitectónicas en su pureza. Intencionadamente ha llegado a darle categoría estética a la huella de los encofrados y a muchos de los materiales que parecen de derribo y vertedero.

Estas "presencias de las ausencias" ponen en el bronce la textura de la madera, la superficie rugosa de las escorias, el gotear de la escayola presionada, dando calidades imprevistas a esas "bóvedas" que parecen ser una concreción de la eterna lucha entre las fuerzas estáticas y dinámicas, entre la recta y la curva, entre la gravidez y el vuelo.

Toda la vida humana parece estar inscrita en un círculo perfecto, de "la tumba del vientre al vientre de la tumba", y esas superficies pueden palpase o pueden ser altivas bóvedas celestes a las que nunca se llega. Todos los humanos pueden decir lo que Hamlet en sus lamentaciones: "¡Podría estar yo encerrado en una cáscara de nuez y me tendría por rey del espacio infinito...!"

Partes de ese espacio infinito son las *Bóvedas para el hombre* que Pablo Serrano construye con la paciencia del albañil y la iluminación del arquitecto.